

2004

“El Periodismo se aprende, la poesía sedescubre” : Un diálogo con el fotógrafo cubano Tomás Barceló Cuesta

Carlos Gazzera

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Gazzera, Carlos (Primavera-Otoño 2004) ““El Periodismo se aprende, la poesía sedescubre” : Un diálogo con el fotógrafo cubano Tomás Barceló Cuesta,” *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 59, Article 26.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss59/26>

This Otras Obras is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

**“EL PERIODISMO SE APRENDE, LA POESÍA SE DESCUBRE”:
Un diálogo con el fotógrafo cubano Tomás Barceló Cuesta**

**Introducción, entrevista, y selección de fotografías
de Carlos Gazzera**

*“Si pudiera contarlo con palabras,
no me sería necesario cargar con una cámara”*

Lewis Hine

(Citado por Susan Sontag en *Sobre la fotografía*)

Las primeras fotografías que nos quedan fueron tomadas por Nicéphore Niépce (1765-1833) desde la ventana de su estudio en una aldea francesa hacia 1816. Desde aquellas primeras tomas el fotógrafo ha tenido que lidiar con la idea de que cualquiera sea el encuadre, cualquiera sea la luz, cualquiera sea el ángulo, su circunstancia o su contexto, siempre falta algo en esa toma. Niépce era físico y su máxima ambición era fijar, en las placas de cobre que usaba de receptáculo, la imagen en tanto “aprehensión” de la realidad. Él aspiraba a que se produjera un «efecto de realidad» al cual la fotografía no parece haber renunciado a pesar de los casi dos siglos que lleva evolucionando.

¿Qué es lo que falta en toda fotografía? ¿Qué creemos que se ha “quedado afuera”? En realidad no lo sabemos bien. No sabemos decir qué se ha perdido al disparar el obturador, pero sí sabemos que lo que hemos visto por el visor de la cámara que necesita ser contrastado con lo que definitivamente nos devuelve plasmada la fotografía. El ojo del fotógrafo aficionado se diferencia del ojo del fotógrafo profesional porque incorpora a su mirada esa ventanita que recorta-recrea la realidad. Se diferencia, como lo diría Roland Barthes, porque el *studium* (aquello que sintetiza el gusto personal, el interés intelectual y cultural con el

saber histórico y etnográfico que hay en toda fotografía) se encuentra mucho más perturbado por el *punctum* (aquello del orden de lo contingente, ese “agujerito”, esa “pequeña mancha”, ese “corte” que interrumpe, quiebra aquella síntesis entre gusto-interés-saber que se concreta en el *studium*¹). Nadie lo ve todo, nadie lo deja todo afuera. En esos márgenes se mueve el fotógrafo artista-reportero.

En sus casi doscientos años la fotografía ha logrado posicionarse en la cumbre de las artes visuales. No se trata de otra cosa que una evolución lógica si pensamos a la fotografía como el género de la producción de íconos más funcional al capitalismo, al desarrollo capitalista de las relaciones sociales. Sus distintos estadios son paralelos a las fases que van del capitalismo *mercantilista*, *industrial*, *imperialista*, hasta su actual desarrollo *postindustrial*. Para cada una de estas fases la fotografía ha acompañado – en su más pura materialidad – el devenir de las relaciones sociales hegemónicas. Como el desarrollo del capitalismo, la fotografía ha sabido aprehender sistémicamente los núcleos relacionales de cada uno de sus estadios. Estos núcleos no son otros que los diversos modos de asumir el carácter epistémico de la representación. La fotografía es la forma central de la representación de la modernidad capitalista. Y como tal, la fotografía ha transitado cada uno de los estadios de esa representación en una plena relación material con el modelo hegemónico de cada fase del sistema.

¿Quiere decir esto que la fotografía es un arte complaciente al sistema capitalista? De algún modo podríamos decir que sí. Sin embargo, como todo modo de producir que busca revertir la pulsión del sistema, ha encaminado buena parte de sus esfuerzos a convertirse en un arte y como tal, en un territorio en el que fija su «razón de ser», su *interés* diría Habermas, en emancipar a los sujetos de la racionalidad disciplinaria. Dicho de otro modo: si el sistema capitalista se ha apropiado de la imagen como modo de disciplinar a los sujetos en la racionalidad de sus «sociedades administradas», no es menos cierto que la fotografía ha sabido explotar su propia materialidad para luchar contra la corriente, para remontar ese mandato. ¿Cómo lo hace? Quizá en ese uso por fuera de lo familiar, en ese uso gratuito que se posiciona más allá del ojo turístico – narcisista – que toda fotografía requiere para ser algo más que una captación muerta de un momento. No se trataría de una gratuidad ingenua, realista. No. Se trataría de una capacidad intrínseca de articular «el mundo-de-la-vida» con la más profunda subjetividad. Lo que faltaría en toda verdadera foto sería lo que le falta a toda obra de arte: ese gesto, ese pliegue, ese soplo en el que la cosa se hace *ánima*. La fotografía como todo arte genuino no buscaría sino eso que Walter Benjamin le reclamaba: el “aura”. Pero no el aura que la fotografía como fase reproductora de la obra de arte no puede

representar, no puede reproducir. No. Es el “aura” que no siempre se puede aprehender, incluso, hasta en presencia de la propia obra de arte. Sería ese golpe vitalista de Miguel Ángel diciéndole “¡Parla!” a su Moisés. Es el vómito, la defecación, la expulsión que motiva al artista y al espectador en toda creación genuina, vital, corporal... Es esa pulsión vida-muerte que el psicoanálisis ha buscado representar, extraer de los relatos del inconsciente.

Relatos. De eso se trata. Hay algo del orden del relato en la fotografía que articula la imagen con la historia de quien obtura la cámara, de quien busca a través de la mirilla capturar un inmarcesible momento que conjuga la sensibilidad que lo ha llevado a disparar en ese y no en otro momento su cámara. Se juega algo del orden del deseo, algo que se ubica más allá de lo utilitario y entonces aparece el *relato*, un *relato del deseo*: “Fotografío lo que no deseo pintar y pinto lo que no puedo fotografiar” (decía Man Ray). Ese es el relato que se mueve entre la toma de la foto (acto vital) y la foto que regresa como *fijación* de aquel acto ahora necrologizado.

Conocí las fotografías de Tomás Barceló Cuesta en un negocio que queda muy cerca de mi casa en la ciudad de Córdoba. Allí unas cuantas fotos se ofrecían como “Postales de las calles de Cuba”. En letras más pequeñas, se aclaraba que habían sido tomadas por Tomás Barceló Cuesta. Recuerdo que desde el preciso momento en que las vi supe que había en cada una de esas fotografías algo del orden de lo inenarrable. Cuando uno ve una fotografía-arte lo sabe inmediatamente. Quizá se necesiten estas y muchas más páginas para explicarlo, pero uno siente la fuerza del «aura». Recuerdo que aquella tarde le pregunté a quien atendía el negocio si esas fotos habían sido tomadas por alguien que ella conocía. Me dijo que sí, que pertenecían a un Cubano que vivía hacía un tiempo en el barrio. No sé por qué, pero no quise ir más allá. Después de un tiempo mi vida se cruzó con la de Tomás. Córdoba no es una megalópolis y quien se dedica a la cultura, al arte, al trabajo intelectual, tarde o temprano choca con el otro. Es inevitable. Quizá – me digo ahora –, mi experiencia dejó que los hechos se precipitaran en esta lógica inconsciente. Como si tarde o temprano Tomás y yo nos hubiéramos tenido que conocer como nos re-conocemos todos en Córdoba.

Así fue como Tomás Barceló se me presentó un día como director de una revista de antropología *Culturas*. No recuerdo bien qué colaboración o ayuda me pidió para su revista, lo cierto es que nos conocimos y congeniamos inmediatamente. Supe entonces que este cubano vivía ahora en la Argentina, que había venido a radicarse siguiendo el mandato de un amor, había venido a forjar a Córdoba su nueva familia. En poco tiempo, Tomás logró posicionarse en Córdoba (una ciudad absolutamente «cerrada», como Sarmiento la definió en el siglo XIX en

su *Facundo*: “un claustro entre barrancas”) como docente de la Universidad, como editor de una revista, como artista, como referente de otros fotógrafos. Y eso a base de talento. Un talento que le viene de una larga experiencia, de una trayectoria que lo presentaba como alguien “digno de ser mirado”.

Por eso, cuando *INTI* me ofreció participar de este número dedicado a Cuba, supe de inmediato que debía aprovechar la oportunidad para difundir un poco más allá de mi círculo lindante, la obra de Tomás. De eso se trata este aporte: de una selección de las fotos que más me gustaron de este gran fotógrafo cubano en uno de sus tópicos más contundente: el de fotografiar las calles de Cuba, de esa Cuba cotidiana, anti-épica. A ello le he anexado un reportaje en el cual buscamos acceder al Tomás – fotógrafo y comprender así su perspectiva artística, su concepción del mundo, aquello por lo cual lo podemos considerar un gran fotógrafo.

Carlos Gazzera: – ¿Cómo te iniciaste en la fotografía?

Tomás Barceló Cuesta: – Estudié fotografía en un curso que duró un año, organizado por el Instituto del Deporte Cubano y la Unión de Periodistas de Cuba (1970-71), para especializar a jóvenes en fotografía y cine deportivos. Hacía unos meses que había salido del Servicio Militar Obligatorio y me sentía muy “emponzoñado” con el gobierno por haberme mantenido tres años en el ejército en contra de mi voluntad. Por esa época no quería hacer nada, salvo perder olímpicamente el tiempo, ligando chicas por ahí, ingiriendo alguna droga y leyendo cuánto libro caía en mis manos. Para “vengarme” del agravio del ejército, mantenía una actitud bastante *hippie*, hostil hacia el gobierno, y creía que con eso me rebelaba. A través de un amigo, me enteré de este curso, ingresé en él, me volví algo serio, me corté mi frondosa melena negra, y estudié durante un año fotografía, graduándome con excelentes notas, como un chico de bien y de buenas maneras. Una vez graduado, comencé a trabajar como fotógrafo para la revista deportiva *Listos Para Vencer* (LPV), publicación en la cual hice también mis primeros “pininos” en el periodismo escrito.

C.G.: – ¿Qué te llevó a ser fotógrafo?

T.B.C.: – Bueno, esto mismo que te acabo de relatar. Es decir, llegué a la fotografía casi por azar, no por vocación definida. Por esa época no me interesaban muchas cosas salvo leer, leer y leer. Y empatarme con alguna muchacha para desahogar mi explosiva sexualidad que, como se sabe, es casi incontenible a los veinte años. Incluso estudié fotografía pensando que sería un oficio que me permitiría “no trabajar”. Algo limpio y suave, sin muchas complicaciones. Y así ocurrió durante los primeros años. Supongo que hacía algunas fotografías con cierta calidad. Pero creo que aún no me sentía fotógrafo. Ahora te diré algo que debía responderte antes: me “inicié” de lleno en la fotografía cuando ya llevaba trabajando en ella unos cinco años. Y se produjo en un momento en que, teniendo en mis manos una foto recién hecha por mí, en la que se veía a una niña y un niño contemplando caer la lluvia desde un portalón, sentí un estremecimiento, una sensación que hasta ese momento no había sentido. No quería creer que yo era el autor de aquella foto... ¡Tal era mi asombro! Creo que a partir de ese momento comencé a darme cuenta cuánto mundo por descubrir tenía ante mí, y que sólo mirando a través del visor de una cámara y apretando oportunamente el obturador podría hacerlo. Con esa foto obtuve mi primer premio fotográfico. Con los años me di cuenta de una cosa: que algo similar a aquel estremecimiento, aquel primer asombro, sólo es capaz de producirlo el sentimiento poético. Fue la poesía la que, definitivamente, me marcó el camino de la fotografía. Aunque siempre de la mano del periodismo.

C.G.: – **Esto último me resulta muy interesante: hablas de la relación foto-poesía y de la foto-periodismo. Sin embargo, a primera vista, tenemos allí dos cosas con motivaciones diferentes. Una más cercana a la búsqueda de la expresión artística; la otra, en cambio, al parecer más vinculada a una intención de dar cuenta de un hecho que sucedió. ¿Cómo se compatibilizan estas dos vertientes de fotografía en vos? ¿Es posible mantener un equilibrio entre ambas o simplemente cambias los registros y hacés una para ganarte la vida y otra para encontrar el placer de fotografiar?**

T.B.C.: – El sentimiento poético es inexplicable, como lo es también la poesía. Y yo encuentro mucha poesía – tal vez por la forma en que veo y siento la propia vida – en lo que acontece a mi alrededor. Mucho, diría, en esos pequeños o grandes sucesos que pueden ir desde lo brutal, enajenante o violento (guerras o catástrofes naturales), hasta la muy romántica y siempre recurrente imagen de

una pareja besándose en el banco de una plaza con una formidable luz diagonal iluminando la escena, mientras a su alrededor unas palomas picotean en el suelo... y en un plano posterior un viejo que cruza con cierta dificultad la calle, caminando quién sabe adónde, tal vez hacia su propio fin. Ante mi incapacidad de expresar todo eso en palabras, al menos con la sintaxis adecuada y las metáforas puntuales, recurro a la máquina fotográfica para auxiliarme en retratar ése instante que me ha conmovido, conmocionado, o indignado. Por lo tanto, trato de que mis fotografías contengan, al menos, una pequeña dosis de toda esa poesía con la que está impregnada la vida... Haciendo periodismo, aprendí a hacer uso de la síntesis. También a ser rápido y directo. Pero la actividad periodística posee una fascinación derivada de su dinámica y de todo lo que enfrenta de la vida. Dejé justo a tiempo ese periodismo noticioso, que se nutre del “último acontecimiento importante”, para dedicarme al periodismo más pausado del cual, hoy, suelen alimentarse algunas pocas revistas ilustradas. Digo pocas porque la mayoría de las revistas que actualmente circulan en el mundo, viven parasitariamente del cine, de la televisión o del espectáculo, reciclando hasta el hartazgo las figuras que todos estos medios engendran, creando el morbo de la chismografía y alimentándolo a la vez. Toda una industria del dopaje social. Ahora bien: grandes maestros de la fotografía del siglo XX, como lo fueron Henry Cartier Bresson, Robert Doisneau, Eugene Smith, Robert Capa, entre otros, haciendo periodismo, muchas de las veces en el vórtice de sucesos violentos, lograron captar imágenes de una fuerza y belleza tal, que hoy, muchas de esas imágenes, además de documentos invaluable de una época, son a su vez verdaderos poemas de la vida. Su mérito consistió en retratarlos oportunamente. El soldado republicano español, retratado por Capa en el instante en que se disponía asaltar una trinchera enemiga y es alcanzado por una bala, posee toda una carga épica no exenta de poesía. En ese instante, ése soldado no está vivo ni muerto. Sencillamente se encuentra en esa zona neutra aún no develada por ciencia alguna. El soldado está avanzando con su fusil en alto, y a la vez está detenido por el impacto del plomo en su cuerpo. Algo muy raro, muy conmovedor y misterioso a la vez. Eso es poesía. Y ese instante increíble, dramático, fue congelado por Capa al apretar el obturador de su cámara... El periodismo se aprende, la poesía se descubre, o ella te descubre a ti. Si el primero te sirve de vía para ese descubrimiento, bienvenido sea. En última instancia, todo dependería de una mirada que vaya más allá de la simple apariencia de las cosas. Y eso se aprende con el periodismo. Y de apretar

oportunamente el obturador. Hacerlo una milésima de segundo antes o después, sería otra cosa.

C.G.: – **La fotografía como arte ha tenido, al menos en la Argentina, un reconocimiento tardío. ¿Cómo es el caso de Cuba?**

T.B.C.: – En Cuba existe una larga tradición fotográfica que se remonta a los primeros años del siglo XX. Se aprecia, por ejemplo, en la obra de Blez, un fotógrafo que hacía desnudos formidables, con una mirada muy particular, diría que hasta poética. Algo más tarde, en fotógrafos como Constantino Arias, Tito Álvarez, Osvaldo Salas, Rogelio Moré, Raúl Corrales, que ya tenían un reconocimiento y prestigio profesionales antes de 1959, año del triunfo de la revolución y lograron consolidar su obra en años posteriores a la par que formaban otras generaciones de artistas. Muchos de estos fotógrafos, haciendo documentalismo, fotos directas, tenían el cuidado, sin embargo, de que sus imágenes poseyeran tanto en lo formal como en lo conceptual ése toque especial que distingue toda obra de arte. El propio Raúl Corrales, un hombre muy mayor ya, sorprende por sus imágenes que son de una belleza plástica increíble, además de su valor documental. Su obra es conocida en buena parte del mundo. Por nombrarte un par de ejemplos, ahí están dos de sus fotos, “La pesadilla” y “El sueño”, obras que más de un coleccionista en el mundo posee.

C.G.: – **¿Un antecedente en el cuál te reconocés, seguramente?**

T.B.C.: Todos estos antecedentes, por supuesto, crearon un caldo de cultivo que hizo posible que hoy exista en Cuba un movimiento fotográfico muy importante. Algo que no es nuevo, que ya tiene un largo tiempo. Desde hace más de veinte años, se celebran en Cuba encuentros, coloquios, eventos, muestras fotográficas, de carácter internacional y nacional, dedicados a la fotografía más creativa. Instituciones como la Fototeca, el Fondo Cubano de la Imagen Fotográfica, la Unión Nacional de Artistas de Cuba, la Unión de Periodistas de Cuba, por mencionarte algunas, juegan un protagonismo muy fuerte en toda esta movida. Todo este movimiento envuelve a varias generaciones. De manera que puedes encontrarte fotógrafos muy mayores compartiendo espacios de creación con chicos muy jóvenes. Aún más: la fotografía cubana goza de un gran prestigio a nivel internacional. Anualmente muchos fotógrafos cubanos son invitados a exponer en otros países como son Estados Unidos, México, Canadá, América

Latina, y Europa. Algunos incluso han obtenido importantes premios en concursos internacionales. Y en ese movimiento te encuentras de todo, desde artistas muy conceptuales, con una inclinación muy fuerte hacia lo pictórico; el uso de la técnica digital para la creación de nuevos mensajes; hasta una fotografía que, siendo muy documental, no deja de ser muy personalista en los diferentes estilos y abordajes. Y creo que es muy bueno todo esto, porque es la mirada que los cubanos se dan a sí mismos de su propia realidad (nada complaciente, dicho sea de paso) y a su vez la que ofrecen a los otros. Tal vez también, además de estos antecedentes, contribuya el hecho de que Cuba es una realidad muy particular, muy rica, de muchos contrastes. Una dinámica social y política con un sello cultural muy fuerte. Así de ricas y sorprendentes son las imágenes fotográficas que de ella se obtienen.

C.G.: – **¿Qué diferencias señalarías entre la fotografía argentina y la fotografía cubana? ¿Qué cosas de tu vivencia en Argentina marcan tu trabajo fotográfico (ya sea artístico como periodístico)?**

T.B.C.: – En cuanto a Argentina, creo que es un país con unos potenciales enormes. He conocido en lugares tan distantes geográficamente como pueden ser Jujuy y Bariloche, en el propio Buenos Aires y en Córdoba, jóvenes fotógrafos que están haciendo una obra muy rica, donde abordan las distintas problemáticas de este país de una manera muy moderna, si es que es posible la aplicación de tal término. ¿Pero qué sucede? Enfrentan muchas dificultades para dar a conocer sus trabajos. Habría que partir del hecho de que no existe, a nivel de estado, una política cultural que forje instituciones capaces de receptar estas inquietudes y les brinde a los fotógrafos la posibilidad de su desarrollo. De tal suerte, cada artista hace las cosas por su cuenta, con todos los escollos que esto presupone. De mis vivencias en Argentina, algunas cosas he venido haciendo. Algunas fotos he hecho, y voy teniendo ya una pequeña obra sobre este país que ya también lo es mío. Uno de los trabajos que he realizado se derivó de una investigación periodística realizada en San Carlos de Bariloche con unas familias mapuche. Después – ¡paradojas de la vida! –, este trabajo fue seleccionado para participar en el VII Congreso Internacional de Cultura y Desarrollo celebrado en La Habana en junio del 2003. Yo, cubano, representando a Argentina en mi propio país. Hay más de un proyecto por delante, entre ellos seguir profundizando y trabajando

con el universo de las comunidades aborígenes. Sólo que necesito del tiempo necesario para poderlos abordar.

LAS FOTOGRAFÍAS

C.G.: – **Hablemos de algunas de las fotos que he seleccionado para este Dossier.**

T.B.C.: Como tú quieras. ¿Por cuál te gustaría comenzar?

C.G.: – **Sinceramente, la que más me gusta, por la que me acerqué a tus fotografías en ese Telecentro¹ cerca de casa: *Sandunguera*.**

T.B.C.: – Muy bien... **Sandunguera** es de 1994. A esa fotografía la tomé en la ciudad de Santiago de Cuba, la segunda ciudad más importante de Cuba, después de La Habana, ubicada en la región oriental del país. De Cuba se dice, y lo ha afirmado categóricamente Gabriel García Márquez, que es el pueblo más bailador del mundo. Hay todo un juego sensual en esta imagen, una espontaneidad que habla un poco de cómo es el cubano, y de cómo se toma el sexo, con total desprejuicio, de una manera muy extrovertida. Caminaba en esos momentos por esa callecita de Santiago de Cuba. Serían algo así como las dos o las tres de la tarde. Es una ciudad muy calurosa. Era julio, época de carnaval, razón por la cual en toda la ciudad se crea un ambiente muy festivo, muy alegre. Observé el grupo. Los muchachos hacían bromas con la chica. Me detuve a distancia. Intuí que algo sucedería. De manera que me puse a enfocar al grupo, y en los momentos en que lo hacía la muchacha se pone de espaldas mostrándoles el culo a los chicos. Uno de ellos, tal como se aprecia en la foto, puso sus manos sobre las nalgas de ella, instante que aproveché para accionar el obturador. Sólo pude hacer una toma.

C.G.: – **Una verdadera lástima. Realmente es muy sugerente, muy erótica. Qué raro que hayas podido hacer una única toma cuando he visto muchos trabajos tuyos que trabajan con el «relato», tal como el caso de *Piropo*³.**

T.B.C.: – **Piropo** también de 1994. Esta foto fue hecha en la Habana Vieja. Pertenece a un tríptico. La tomé a cierta distancia, sin ser visto. Con un teleobjetivo de 135 mm. La muchacha venía caminando sola cuando los dos negros se le acercan y comienzan a piroppearla,

algo que sucede con cierta frecuencia, sobre todo en este tipo de barrios. Yo debí retroceder de espaldas para mantener el foco en las figuras y a la vez poder componer teniendo ese escenario de fondo para que la imagen tuviera siempre ese contexto necesario. Hice varias tomas, de las cuales, al final, seleccioné tres, que son las que conforman el tríptico. Para el gusto de muchos hombres cubanos, las mujeres como ésta, bien rellenitas, son muy apreciadas.

C.G.: – **Como la chica de *Calor***

T.B.C.: – Efectivamente. **Calor** es de 1997. Esa foto toma como eje el hecho de haya zonas de La Habana que tienen ciertas dificultades con la escasez de agua. Entonces ubican estas llaves, o canillas, para que los vecinos puedan acudir al lugar y acopiar algo del preciado líquido. Esta fotografía la tomé en la Avenida del Malecón, en uno de esos portales (recovas) que corren a lo largo de la Avenida, para proteger al caminante de la fuerte canícula. Es una imagen que en varias ocasiones me han pedido para utilizarla para tal o cual artículo, bien para hablar sobre la idiosincrasia del cubano, sobre el calor, etc. Fue incluso publicada en la portada de un libro editado en España (*Cuentos de la Habana Vieja*, que ya cuenta con dos ediciones) que reúne relatos de varios autores cubanos, entre los que me encuentro. De manera que es una foto que ha corrido muy buena suerte.

C.G.: – **En estas fotos hay ciertos «relatos» que tienen una gran carga idiosincrásica del cubano: el calor, el piropo, el carnaval, el erotismo, el sexo, la mixturación racial,, etcétera. Pero entre tus fotos hay otras, yo diría más íntimas, menos épicas y más poéticas. Pienso, para atenerme a algunas de esta selección, como *El paso del tiempo*.**

T.B.C.: – **El paso del tiempo** es de 1998 y la saqué cuando caminaba con el escritor cubano Pedro Juan por la calle Egido, cerca de La Habana Vieja. Al paso, de pronto, vi a esa vieja sentada en el reducido portalito, tras esas rejas, como atrapada en su propia vejez y deterioro. Seguí. Pero en un momento me detuve y volví sobre mis pasos. Pedro Juan me apremiaba. No le hice mucho caso. Tomé la foto. Es una imagen muy misteriosa y sugerente. Y encuentro en ella algo terriblemente conmovedor. El inevitable y siempre misterioso paso del tiempo.

C.G.: – Es que ese afiche que complementa la cara de la vieja le da un tono mitológico, como el jarro de Jano, las dos caras: la de la juventud y la de la vejez. Una está en el papel, inmutable, la otra es de carne y hueso, está viva y por eso se deteriora...

T.B.C.: – Así es...

C.G.: – Y de *Ausencias*, ¿qué tenés para decirme?

T.B.C.: – Esa foto fue tomada hacia 1998 en el Malecón, en pleno mediodía, con película de 400 ISOS. La muchacha nunca supo que yo la retraté. Fue una feliz coincidencia que ella se encontrara sentada ahí, mirando el mar, sumida en sus pensamientos, ajena a todo a su alrededor, y grabados en el muro estuvieran esos nombres de mujeres que se aprecian en el primer plano. Es una imagen que me gusta mucho, por toda la sugerencia que contiene, y la más de una lectura que de ella puede realizarse. Explicarla sería inútil, pero para mí es muy poética, no exenta de cierta nostalgia. ¿Dónde están las personas dueñas de esos nombres? ¿Qué piensa la chica de la fotografía, qué recuerdos la rondan, qué nostalgias la invaden? Ahí, frente a ella, está el mar. El mar, para los cubanos, es algo muy importante, una presencia eterna e imprescindible adonde siempre se acude. Y en ése acercarse al mar, en ese mirarlo, ante tanta vastedad oceánica, se siente con particular peso la condición de insularidad. Y a través del mar, bien se sabe, muchos hijos de Cuba han partido. Algunos han quedado para siempre en sus aguas. Otros, con mayor suerte, o peor, nunca se sabe, lograron llegar. Para los cubanos, el mar se lleva los recuerdos y el mar los trae...

C.G.: – Debo confesarte Tomás que esa imagen de la muchacha mirando la vastedad del mar me remitió a la vastedad de la pampa... Me imagino la importancia de esa vastedad para los cubanos porque tengo la vastedad de la pampa para compararlo. La pampa también lleva y trae los recuerdos... Supongo que lo que siente esa muchacha en ese momento es lo más cercano a lo que dice el personaje protagonista de la novela de Ricardo Güiraldes, *Don Segundo Sombra*: “Me fui, como quien se desangra”. Gracias Tomás por tu tiempo y por tu talento...

TRAYECTORIA

Tomás Barceló Cuesta nació en La Habana, donde estudió como Técnico en Fotografía, con la especialidad de Fotografía Deportiva en el Instituto Nacional de Deportes, Educación Física y Recreación de Cuba y la Unión de Periodistas de Cuba (UPEC). En 1989 se graduó de Licenciado en Periodismo por la Universidad de La Habana. Desde hace unos años Tomás Barceló Cuesta se nacionalizó Argentino y vive en Córdoba, donde ejerce la docencia universitaria y en institutos de formación técnica.

Es Docente de la cátedra de **Fotografía Periodística** y del Seminario de **Fotorreportaje** en la Escuela de Ciencias de la Información, de la Universidad de Córdoba.

Su obra fotográfica, periodística y literaria aparece en los siguientes libros:

Manual de fotografía de prensa, Peter Tausk. Praga 1982.

La fotografía (Orlando Hernández compilador). La Habana. 1983.

Bohemia, la huella en el tiempo. Editorial Pablo de la Torriente Brau. La Habana. 1993. (Coautor de los textos).

La necrópolis Colón, Words Editorial. CB Guadalajara, España. 1996.

Cuentos de La Habana Vieja, Editorial Olalla, Madrid 1997. (Coautor de los relatos y autor de las fotos).

Perverso ojo cubano, Editorial. La Bohemia. Bs. As. Argentina. 1999 (antología de cuentos de narradores cubanos).

Cementerios de la Habana, Editorial José Martí. 1999.

Cuentos de La Habana Vieja, (2ª edición) Editorial del Bronce, Barcelona - España. 1999.

Su obra ha recibido, entre otros, los siguientes premios:

Premio al mejor reportaje gráfico otorgado en el Festival Nacional de la Prensa, Cuba 2000.

Primer premio en el Concurso de Fotografía Humoranga, La Habana, 1998.

Premio Nacional de Periodismo Gráfico Gualberto Gómez. 1997 (Máximo galardón que se entrega en Cuba en su género, en reconocimiento al creador gráfico que haya logrado el trabajo más meritorio por el conjunto de su obra durante el año en curso).

Mención en el concurso fotográfico de la Juventud Cubana Actual, convocado por la firma Photo Service. La Habana 1997.

Concurso Nacional de Fotografía 26 de Julio. Mención. 1997.

- Primer premio en el concurso de fotografía humorística. X Bienal Internacional del Humor. San Antonio de los Baños. 1997.
- Primer premio en el concurso de fotografía humorística del concurso Marcos Behemaras. La Habana. 1996.
- Primer premio en el concurso de fotografía humorística. X Bienal Internacional de Humor. San Antonio de los Baños. 1995.
- Salón Nacional de Fotografía 26 de julio, convocado por UPEC. La Habana. Mención en el género de Retrato. 1994.
- Salón Nacional de Fotografía 26 de julio, convocado por UPEC. La Habana. Primer premio en el género de fotografía a color. 1993.
- Salón Nacional de Fotografía 26 de julio, convocado por UPEC. La Habana. Primer premio en Tema Libre. 1990.
- Salón Nacional de Fotografía 26 de julio, convocado por UPEC. La Habana. Primer premio en Tema Libre. 1989.
- Salón Nacional de Fotografía 26 de julio, convocado por UPEC. La Habana. Primer premio en Tema Libre. 1988.
- Premier premio en el concurso de fotografía del Carnaval de la Habana. La Habana Idem. 1987.
- Premio del periódico Juventud Rebelde en el Salón Nacional de Fotografía. La Habana. 1986.
- Primer premio en el concurso de fotografía del Carnaval de la Habana. La Habana 1983.
- Salón Nacional de Fotografía 26 de julio, convocado por UPEC. La Habana. Primer premio de la Agencia de Información Nacional (AIN) 1983.
- Primer premio en el concurso de fotografía del Carnaval de la Habana. La Habana 1980.

También su trayectoria ha recibido el siguiente reconocimiento:

Revista *Bohemia*. Labor más destacada en la evaluación profesional del Departamento de Fotografía. Año 1999.

Revista *Bohemia*. Reconocimiento por haber resultado el mejor trabajador del año 1996.

Carta del Comandante en Jefe Fidel Castro en reconocimiento por el relevamiento fotográfico en el homenaje póstumo por el retorno de los restos de Ernesto "Che" Guevara a Cuba. Año 1997.

Periódico *Trabajadores*. Periodista Destacado. Año 1984.

Periódico *Trabajadores*. Periodista Destacado. Año 1979.

Periódico *Trabajadores*. Periodista Destacado. Año 1977.

Periódico *Trabajadores*. Periodista Destacado. Año 1976.

NOTAS

1 Tomamos estas ideas de BARTHES, Roland: *La cámara lúcida. Notas sobre la fotografía*. Paidós, 1ª edición, 1989.

2 En Argentina llamamos **Telecentro** a los negocios que brindan servicios de Telefonía, que venden teléfonos celulares, que brindan servicios de alquiler de computadoras para que la gente navegue en Internet para que los chicos jueguen juegos electrónicos en red etc.

3 Para este trabajo seleccionamos una sola fotografía de las tres tomas que componen el trabajo completo titulado **Piropo**.











